CAPITANES ABANDONADOS

Por
Raúl TORRES Rodríguez

"Soy el capitán de mi propia existencia..."

Sí, todos sobre el mar, somos capitanes de nuestra propia existencia. Todos hemos forjado junto a los océanos, nuestro propio destino. Nacidos con espíritu talásico en la sangre, nuestro sino fue luchar indomables contra Tifón, ese hijo monstruoso de la Tierra y del Tártaro, padre de la Quimera —la terrible Quimera— que lanzaba llamas en los confines del infierno. Como capitanes, fuimos semi-dioses. Un día —ya en el ocaso—, abandonaríamos el puente de mando; entonces, para unos comenzaría una etapa de tranquilo pasar en un rincón marinero cualquiera, siempre atentos al bramido impresionante de las olas; para otros, llegó el instante de deambular por diversos rincones del mundo, junto a riberas exóticas o a malecones multicolores, como simples capitanes abandonados.

Una noche encontré en una tasca madrileña, admirando las ardientes danzas de un conjunto flamenco, a un viejo "lobo de mar" que se había formado sobre la cubierta de uno de aquellos intrépidos veleros de cuatro palos, cuajados de trapos, que otrora cruzaran el Atlántico para dar la vuelta al Cabo de Hornos y, tras largas e interminables singladuras, llegar a uno de nuestros puertos salitreros. Pertenecía a esa pléyade de hombres rudos y vigorosos, audaces y valientes, que hacían del rigor su propia ley.

Todos le temblaban a bordo y en los puertos de todo el mundo se imponía tan sólo con su presencia.

La resaca del tiempo lo arrojó un día a tierra firme. Tenía ya sus años. Sin hogar formado —su hogar fue siempre la cámara marinera de un velero—, vagaba por todos los puertos, arrastrando sus días en los malecones hetereogéneos y multicolores, de aceradas grúas, potentes y atronadoras. O llegaba de vez en cuando tierra adentro a beber humo de factorías.

Allí estaba esa noche, junto a una botella de ginebra, cachimba en boca, absolutamente solo, mirando nostálgicamente; sus pequeños ojos acerados contemplaban las volutas de humo de su

vieja e inseparable compañera, esa cachimba marinera, con sabor a sal gruesa, carcomida por las olas como un mascarón de proa. Tras una y otra copa, procuraba disimular la enorme tristeza de sentirse un viejo capitán abandonado.

* * *

"Aquí donde el mar siempre repite su canción
de arrebatos inútiles y de blandura fuerte,
el gris capitán tuvo su postrer cita con la muerte".

decía Neftalí Agrella aquel día que, en un rincón de cementerio de puerto, dio con la tumba de un viejo capitán.

Y agregaba:

"Había navegado treinta años
revuelto en la sartén de las tripulaciones".

John Brown también... Nacido en las márgenes del Firth of Clyde, lo conocí viviendo solitario en una pequeña casa levantada junto a la playa sur de Ardrosan, no lejos de Glasgow. Solíamos conversar animadamente mientras mirábamos cruzar pequeñas embarcaciones que regresaban del mar tras un día de faenas de pesca.

Viejo conocedor de todos los mares, allí había quedado después del último accidente que estuvo a punto de costarle la vida. Una noche que cruzaba el Canal de la Mancha rumbo a Dover, una de esas noches invernales que cubren el canal y las islas británicas de un manto de neblina impenetrable, fue abordado por un enorme barco de bandera inglesa. Su pequeño "Beecrown", de sólo mil quinientas toneladas, fue partido en dos y en menos de cinco minutos se hundió para siempre. Todos los tripulantes dormían tranquilamente, salvo un oficial y dos marineros que lo acompañaban en el puente de mando. A pocas millas, un faro fue testigo mudo de la tragedia que costó la vida a sus veinte compañeros de mar.

Ya se sentía cansado con sus cincuenta años de cruzar mil veces el Mar del Norte, en uno u otro sentido; el Atlántico, el Pacífico o el Indico o el Mar Rojo. Estaba hastiado de luchar contra los elementos en ese fatídico Canal de la Mancha, con sus terribles noches invernales. Con largos más de setenta años bien vividos, durante los cuales se había jugado la existencia mil veces, prefirió retirarse a ese paraje solitario, en donde el mar moría suavemente, casi a sus pies.

Solo, absolutamente solo, recibía en las tardes la visita de cien gaviotas que llegaban desde las riberas de Edimburgo a picotear, como palomas caseras, las migas de pan que les arrojaba con sus propias manos. Algunas tardes también solían llegar hasta su morada pequeños lobatos juguetones que arrancaban a sus ojos nostalgias salobres.

* * *

Solía subir a lo alto de la colina de la Alcazaba de Tánger, y desde un típico café de esa ciudad llena de encantos, contemplaba el mar por rincones casi vedados de árboles y blancos muros. Desde esa acariciadora azotea, lejos de la ciudad, con el mar allá abajo y el puerto distante, gustaba contemplar al caer la tarde, las tierras españolas en lontananza.

A ese mismo rincón llegaba, cuando en el puerto comenzaban a encenderse un millar de luces que se reflejaban en el azul-pizarra del mar, un viejo capitán que lentamente hilaba recuerdos entre el humo de su inseparable habano, o entre residuos negruzcos que iba dejando el tabaco que mascaba cuando no fumaba. Una tupida barba rojiza enmarcaba sus ojos grises vivaces que parecían sumidos allá lejos. Los mozos del café lo conocían bien.

"Es don José Iturrialde —comentaban— viejo capitán que, alejado de las actividades marineras tras muchos años de recorrer los mares, un día sentó sus reales en Tánger. Vive solo, acompañado únicamente de ese perro lobero que siempre está tendido a sus pies. No tiene a nadie en el mundo, según él mismo confiesa. Su único placer consiste en pasar en este rincón, horas y días, contemplando morir las olas y celebrando el flujo incansable de barcos que entran o salen por el Canal de Gibraltar. ¿Sus vicios?,

ron, ginebra y tabaco. Bebe ron o ginebra y masca tabaco incansablemente.

Del capitán Iturrialde se contaban infinidad de anécdotas relacionadas con su vida marinera; anécdotas que él mismo se había encargado de difundir ante quienes querían conocer su azarosa vida de mar. Se aseguraba que era uno de los pocos marinos de la Península Ibérica que había conocido, por allá en las alturas del Cabo de las Tormentas, al "holandés errante".

"Una noche —decía— mientras escudriñaba el horizonte desde el puente de mando de mi viejo carguero, ví acercarse un velero con todo el trapo al viento. Llevaba un marinero en la rueda del timón. Durante algunos minutos, el extraño barco pasó cerca del nuestro, y luego se perdió en la obscuridad de la noche. No podía ser otro sino aquel buque fantasma conocido por los hombres de mar, como "el holandés errante".

Y contaba la historia a su modo.

"Hace muchos años —decía— el capitán Van Straaten de la Marina holandesa, desentendiéndose de todos los consejos y advertencias, se hizo a la mar un día Viernes Santo. Al dejar el puerto, no escuchó a sus oficiales y tripulantes que aseguraban que hacerlo en un día de tales festividades sagradas, iba contra los designios de Dios, que podía cartigarlo por la eternidad. No sólo se negó a escuchar tales advertencias, sino que se burló de los creyentes y tuvo palabras gruesas para con el propio Señor. Su soberbia y altanería fue castigada: una noche, por allá en las aguas africanas, en medio de una terrible tormenta, el gran velero bajo su mando, desapareció. Pasó algún tiempo. Una tarde, se vio aparecer la nave en las cercanías del Cabo de Buena Esperanza, con el capitán Van Straaten a la rueda del timón, tratando inútilmente de virar por avante. Y esos esfuerzos perdurarían por la eternidad.

Todos los que conocían en Tánger al capitán Iturrialde, lo identificaban con el sufrido capitán holandés. En verdad, cada vez que bebimos una copa juntos, observaba impresionado sus pequeños y vivaces ojos grises que emergían por entre una tupida barba rojiza; entonces, yo mismo me sumaba a aquellos que creían ver en esa cara arrugada de viejo marinero, la semblanza del sufrido capitán que, a la rueda del timón de su gran velero, navega por las turbulentas aguas africanas, tratando incansablemente de virar por avante para alejarse del temido Cabo de las Tormentas, ¿No será el capitán Van Straaten en persona? se preguntaban los muchachos del puerto, mientras las gaviotas —abajo— levantaban su blanco vuelo virando por avante o por redondo armoniosamente.

* * *

En la Ría de Marín, en aquella encantadora costa típicamente marinera de Galicia, conocí, hace muchos años, a otro viejo capitán abandonado. Vivía solo desde el día que muriera su esposa que lo había acompañado siempre en su azarosa vida junto al mar. Sentado a la puerta de su rancha, a escasos metros de la orilla en que morían las olas de esa playa negruzca, contemplaba diariamente las faenas de varar o desvarar chalupas cargadas de redes a aquellos esforzados pescadores de Pontevedra o Marín, que diariamente excursionaban por las rías cercanas en busca de productos del mar, o que en ciertas épocas del año salían mar afuera por la costa de Vigo, a la busca de cardúmenes de sardinas, o llegaban hasta las proximidades de Villagarcía en busca de cangrejos.

El mismo había sido pescador gran parte de su vida. Hoy, al borde de los ochenta años, sólo vivía de recuerdos. Las piernas tullidas no le permitían aventurarse sobre la bancada de un bongo cualquiera, como él hubiera querido; apenas le permitían excursionar por la playa y llegar a la ensenada para retar a los mocetones que no sabían extender sus redes o que dejaban abandonados sus implementos de trabajo.

"¡Eh, tú, Jesús María...!, ¿cuándo vas a entender que las redes hay que estirarlas y extenderlas para que se sequen una vez que han sido usadas?; ¿crees que al amanecer, cuando tengas que embarcarlas, van a estar en condiciones?

Ramón Junqueira había nacido en la profesión; su abuelo y su padre habían

sido capitanes de naves pesqueras, grandes pescadores de la era de oro gallega. Su aprendizaje lo había realizado a bordo de una de esas pequeñas naves que se aventuraban por semanas y meses mar adentro a salar bacalao. No tendría más de cinco años cuando su padre lo llevó por primera vez a la "sardina"; ya a los diez años —todo un hombre— acompañaba al abuelo en su propio bongo a las almejas o centollas.

Sufrió numerosos percances en su vida, pero el que recordaba con más dolor era aquel en que murió el abuelo. Habían salido muy de alba a las afueras de Vigo tras un cardumen de sardinas; a mediodía arreció el levante que, violentamente, los fue arrastrando hasta un roquerío en donde la embarcación se estrelló; al destruirse, arrastró consigo a aquel veterano pescador que era su abuelo, uno de los más experimentados pescadores regionales.

Ya hombre, había preferido los pesqueros de arrastre. De vez en cuando se enrolaba en las excursiones de muchos meses al "bonito"; en otras oportunidades, a la desagradable pesca del "bacalao", o a la apasionante cacería de sardinas, cuyo precioso cargamento vaciaban en las factorías de Vigo.

Cuando los años se le vinieron encima y las piernas parecían flaquearle —el reuma, camarada, me decía angustiado—, resolvió quedar para siempre en su rancha de Marín de Pontevedra. Todos los pescadores le tenían gran afecto y diariamente le obsequiaban algo para su sustento: almejas, calamares, gambas, centollos. Aseguran que en vida de doña Mariquita, allí se comían los más exquisitos caldillos, o las gambas al ajillo más apetitosas.

Muchas veces estuve a su lado celebrando sus sabrosos chascarros y sus inigualables dichos marineros. Un día de San Pedro, mientras los pescadores celebraban alborozados las festividades de su patrono, don Ramón no salió de la rancha. Fui con otros amigos a saludarlo. Lo encontramos muerto. Dado vueltas contra la pared, parecía dormir plácidamente.

Neftalí Agrella, había dicho:

"Aquí duermes en paz, a la orilla del mundo.
Tu gran amigo el Mar rumorea a tu lado
Oigo alzarse en las noches un gemido profundo,

¿Será por ti, oh, capitán abandonado?".

Sí. Como a él, junto a un escarpado de cementerio marinero, le dimos sepultura. Allí quedó descansando el capitán Ramón, tan solo como un simple capitán abandonado.

* * *

En el largo muelle puntarenense, allá casi en los confines de nuestros mares australes, solía encontrar, paseándose entre las grúas, muy de alba, a un viejo capitán, arrogante y viril, con sus bien llevados años encima. Lucía siempre una misma fisonomía: su cutis enrojecido por el mar, unos ojos azules claros y penetrantes y sus mostachos retorcidos y blancos. Inseparables... su cachimba de viejo marinero y su gorra impecable de capitán. En los atardeceres del puerto, ya alejado de su gran amigo el Mar, llegaba hasta los barcos recostados contra el muelle y bebía una copa de ron con los viejos camaradas. Muchas veces, juntos, revivimos ensueños y nostalgias del pasado.

¡Dolorosa es la angustia de un capitán abandonado! Yo mismo la he sentido en mis largas correrías por todos los puertos del mundo. Muchas tardes, entremezclado entre el pitar de remolcadores en Génova o Nápoles; ante el azul ensueño de Marina Grande en Capri; entre el chirriar de grúas en Barcelona, Rotterdam, Casablanca o Liverpool; entre el multicolor de Hamburgo, Burdeos, Gibraltar, Dakar o Sfax; tendido en las incomparables arenas de la costa de Marfil, o simplemente desde las riberas del Sena, observando pasar barcos blancos o negros hacia París o hacia altamar —¿Dover, Calais, Londres...?— con curtidos capitanes, rueda en mano y cachimba en boca, y sus marineros entonan-

do canciones de ultramar, he sentido como aquellos —lejos de la Patria— la inmensa angustia de sentirme un capitán abandonado.

Pero... es fuerza reconocer que si es inmensa esa angustia, no es menos grande el placer de esos viejos marineros, al disfrutar, ya en el ocaso de la vida, del recuerdo que llevan grabado en el corazón de aquellos días maravillosos, sublimes, inefables pasados junto al mar, en naves de guerra o mercantes, en intrépidos veleros o en simples barcos pesqueros, en los más apartados rincones del mundo, luchando contra las adversidades de todos los océanos, o disfrutando a pulmón lleno del encanto marinero de mil puertos diferentes. ¡El calor de esos recuerdos los ayuda a vivir...!